

Antonio Gómez-Moriana, *Discourse Analysis as Sociocriticism. The Spanish Golden Age*, University of Minnesota Press, 1993, 179 pp.

No es raro ver artículos reunidos para formar un libro; mucho menos que estudiosos de la literatura española se ocupen del *Quijote*, de *El burlador*, del *Lazarillo*. Gómez-Moriana, sin embargo, merece nota por lograr un texto articulado. Su libro pone en manos del lector especializado —colega o investigador incipiente— el producto de diez años de estudio, de reflexión crítica y metodológica aplicada a la revisión de obras canónicas, por no decir “fundantes”, de la tradición hispánica. Pero junto a los clásicos mencionados —de que tratan los seis primeros capítulos—, el volumen se completa con dos estudios sobre las crónicas del “nuevo mundo”, seguidos por una especie de “coda”, discusión sobre el carácter atribuido a la expresión artística por el círculo Bajtín y Theodor W. Adorno.

La descripción de contenidos, de por sí, anticipa el enfoque del crítico. Más que añadir una entrada a la bibliografía que singulariza textos y autores (separándolos por eso de la historia y evitando su inserción en el marco social), Gómez-Moriana busca restituir al discurso literario su índole de lugar propicio para la convergencia (no siempre armoniosa, y menos aún en periodos de transición o crisis) de formas discursivas diversas, portadoras de ideología, semánticamente marcadas, sujetas a los avatares del devenir histórico —esto es, circunscribibles a grupos, instituciones, a prácticas de comunicación que se trasvasan de lo oral a lo escrito y viceversa, y cuya presencia en el discurso literario, como legitimación o parodia, permite formular cuestiones inéditas para la filología erudita y para el estructuralismo inmanentista.

El subtítulo de la introducción, *Semiotics and Philology in Text Analysis*, nombra los enfoques frente a los que el autor coloca su propuesta de lectura, ante los que reacciona y con quienes entabla una discusión teórica y metodológica. Luego de un bosquejo histórico mínimo, suficiente para trazar las líneas de desarrollo de ambos modos de entender los estudios literarios, Gómez-Moriana

objeta a la filología su tratamiento fragmentario y el nacionalismo, tantas veces encubierto tras la búsqueda de fuentes; al estructuralismo le reprocha su inmanentismo, su noción del texto literario como “acrónico” y “autotélico”, palabras con que define la tendencia a lo sincrónico —negación de la historia— y a pensar el texto literario como entidad autónoma, como isla lingüística ajena al resto del tráfago comunicativo, y por eso privilegiada.

Localizado el conflicto —la brecha entre diacronía y sincronía— el crítico detalla su intento de conciliar sendas dimensiones: “What I propose here is a twofold functional study of the sign—as a system and as a (historical) process—within diachronically, diatopically, and diastratically marked subsystems (dialects, sociolects, and jargons) and within the interaction of those subsystems (intertextual borrowings, interdiscursive calques), and all uses or abuses of what Bakhtin calls ‘the other’s discourse’ (*chushaia riech*)”, p. 3.

Gómez-Moriana parece preocupado ante posibles inercias conceptuales (¿acaso anticipa cierta resistencia?), de modo que en estas páginas introductorias no escatima pormenores intentando establecer con claridad su posición. Así, acude a categorías lingüísticas como la dimensión semántica y pragmática, herramientas que aplica a su reflexión sobre el discurso literario. Con Jacques Dubois (p. 4), conjetura sobre lo que tal discurso tiene de específico: el operar, a un tiempo, en el lenguaje y en el imaginario colectivo, condición para postular una socioestética y para volver a plantear, mediante una paráfrasis de la propuesta que cité líneas atrás, tanto su objeto de estudio —la “lectura interdiscursiva”—, cuanto su metodología —la sociocrítica y el análisis del discurso: “*What the new philology—what diachronic semiotics— must study is the dialectic interaction between what is intrinsic and extrinsic to every text considered as a kind of transtextual anaphora, inasmuch as it is a dialogue with stimuli of various origins. The study of the text as a dialogical space, to use Julia Kristeva’s expression inspired by Bakhtin, thus appears as a true challenge to both philology and semiotics, which must henceforth account for the manner in which the text both reads history and is inscribed in it. This is what I call interdiscursive reading, and this is the object of sociocriticism and discourse analysis as I intend to apply it in the field of literary criticism.* (p. 5)”

En seguida, viene la síntesis de todos los capítulos (pp. 5-8), con lo que cierra la introducción. El resumen —antología de pasajes cuyas posteriores reparaciones les confieren carácter de *leitmotiv*— tiene, sin embargo, dos virtudes. En beneficio del aprendiz de investigador, es didáctico, pues manifiesta la ventaja del enfoque utilizado: el método posibilita lecturas integradoras de textos de otro modo dispersos (novela picaresca, prácticas confesionales suscitadas por la Inquisición, autobiografías, novela, teatro, cartas, crónicas y diarios); además, evidencia la continuidad de los estudios, hace explícitos los hilos conductores entre los capítulos (agrupables en tres partes, como más adelante veré), lo que hace de *Discourse Analysis as Sociocriticism* un libro, y no una juntura o miscelánea de artículos.

La otra virtud de la síntesis consiste en impedir la reseña descriptiva, solución de compromiso tan frecuente como escasamente útil u orientadora. Y pues el autor se tomó el trabajo de estructurar y ordenar sus materiales (vieja norma en riesgo de caer en desuso), entiendo que busca lectores dispuestos a discutir, a dialogar con él, y no a parafrasear o explicar lo que trata. Por eso, prefiero no acatar el índice para dar cuenta de otro orden, al que llegué durante la lectura.

El séptimo capítulo, *The Antimodernization of Spain* (pp. 98-106), se aparta de la tónica de los demás. Su brevedad sólo es superada por el cuarto, *Narration and Argumentation in Autobiographical Discourse* (pp. 58-64), y compartida por *The (Relative) Autonomy of Artistic Expression: Bakhtin and Adorno* (pp. 137-144), décimo y último. El título, por otra parte, es la única generalización carente de sustantivo alguno que remita al campo de lo literario o de lo discursivo: “[subversión del] discurso ritual”, “intertextualidad”, “interdiscursividad”, “parodia”, “forma narrativa”, “novela picaresca”, “autobiografía”, “narración”, “argumentación”, “procedimiento literario”, “pragmática del discurso”, son parte de la serie nominal que entresaco del índice.

Los capítulos cuatro y siete sirven de transición entre bloques temáticos, constituyen el nexo entre las tres partes discernibles en el libro. Para comentar el capítulo siete, es preciso esquematizar el contenido tripartita de *Discourse Analysis as Sociocriticism*. La

primera de ellas se detalla en los tres primeros capítulos, y es la propuesta de entender la escritura del *Lazarillo* —como discurso y como estructura o “arquitectura” narrativa— no a partir de antecedentes librescos, sino de la difusión o normalización de prácticas discursivas propiciadas por el aparato inquisitorial (particularmente formas confesionales, ya orales o escritas, ya archivadas o dadas a la imprenta en “beneficio” de los lectores). La manera en que el autor anónimo del *Lazarillo* emplea este discurso ritual, entremezclado con materiales folclóricos, subraya el carácter ficticio o verosímil —nunca verdadero— de toda forma autobiográfica, en la que el protagonista es el discurso (la distancia entre el narrador y los hechos narrados niega la identidad entre narrador y personaje, pues la vida que se cuenta es la ya superada o abandonada por quien la evoca), y quien escribe o dice lo hace más a partir de convenciones sociales de época o expectativa de los destinatarios (colectividad) que de un programa narrativo individual (pues entra en juego, también, la relación de poder entre quien pide o propicia el relato y quien lo hace).

La segunda parte, capítulos cinco y seis, no es precisamente un tema, sino el *Quijote* como objeto de análisis discursivo (compartiendo atención con *El burlador*, en el sexto), análisis que no se acerca al del *Lazarillo* en capacidad integradora y explicativa (hay que culpar, y agradecer, a Cervantes). Gómez-Moriana recurre a la evocación como procedimiento literario —las varias modalidades de la alusión—, vía de acceso, una más, a este libro, permanente tentación del hispanismo. Su comentario va de la interpretación del escrutinio de la biblioteca como parodia de prácticas del Santo Oficio (por la aparición de sustantivos semánticamente marcados), a la constatación de la “encrucijada de discursos” (no sólo “sociales”, en este caso también “literarios”) que escribe Cervantes. Gómez-Moriana habla de la “polifonía” en la novela, afirma que la alusión “*transforms Don Quijote into a carnivalesque misalliance that profanes and subverts ritual discourses* (p. 83)”, y concluye: “*that both Cervantes and the author of Lazarillo focus their criticism on the religious discourse of repression as a practice of (Don Quijote) or submission to (Lazarillo) this discourse might highlight the particular situation created in Spain by the Inquisition in those “difficult years” of the sixteenth*

*and seventeenth centuries*" (p. 84). Coincido con su juicio sobre el aparato inquisitorial, supongo que pocos hispanistas discreparán a ese respecto. Pero, ¿será el *Quijote* un ejemplo más, sólo eso, para documentar el papel histórico y social del catolicismo en la España de los Austrias? Disiento con la interpretación general —decir que la crítica de Cervantes se concentra en el "discurso religioso represivo" es prescindir de mucho—, no con el análisis de pasajes como el del escrutinio, tan sugerente como la lectura propuesta sobre el *Lazarillo*.

El tercer bloque temático, capítulos ocho y nueve, revisa el "descubrimiento" de América mediante el estudio de las crónicas. El profesor Gómez-Moriana acude a numerosas fuentes para probar cómo en todas las relaciones sobre América, y en las discusiones que el tema americano suscita (la polémica de Las Casas y Sepúlveda incluida), se manifiesta la visión mercantil entretejida con un discurso ideológicamente justificado por la evangelización.

La coexistencia ideológica de elementos residuales del feudalismo y de la burguesía incipiente se manifiesta en los discursos que circulan en torno del descubrimiento, conquista y colonización, y Gómez-Moriana establece nexos, a este respecto, entre el discurso literario y los textos que aquí le ocupan (retoma un par de pasajes del *Quijote*: la transacción con Juan Haldudo para liberar a Andrés y el encuentro [¿colisión?] con los mercaderes de seda toledanos, incluidos en su capítulo seis).

Su trabajo sobre Cristóbal Colón y la invención del "indio", además, homologa al navegante con Don Quijote, ambos "hombres del libro" como tantos otros del Renacimiento, cuyo mundo libresco dicta los escritos que destina a la corona española: Colón "describe" lo que ve amoldándolo, haciéndolo compatible para su incorporación al marco de referencia de la cultura de entonces (la Biblia, Virgilio, Ovidio...), y su palabra —creación o invención verbal como cualquier otra, sin más referente que el lenguaje heredado, y por eso con un substrato ideológico dado— pasa por conocimiento empírico y se emplea para discutir en los ámbitos más variados (teológico, jurídico, filosófico...). Para Gómez-Moriana, y con razón, tan determinado está el discurso de Colón por las expectativas de sus destinatarios, por su necesidad de crédito, de "legibilidad" o aceptación según las normas, como el del *Lazarillo*.



Es tiempo de dedicar espacio a los capítulos de transición, particularmente al séptimo. *The Antimodernization of Spain* no sólo cumple con la función de conectar partes, de articular como libro los diversos estudios, como sucede con el cuarto. Más bien, aquí Gómez-Moriana presenta una lectura de la historia española que sus análisis discursivos corroboran.

Empiezo por las líneas finales de su exposición: "*My aim has been only to sketch some prolegomena to a literary historiography of twentieth-century Spain by emphasizing a methodology, discourse analysis, as well as a horizon that extends beyond restrictions of an isolated historical moment (here, the twentieth century)—an extended horizon that allows an understanding of the dynamics of historical continuities that Paul Ricoeur has called «the long path ... of reflection on the dynamics of cultural symbols»*" (pp. 105-106).

Si bien comparto sus preocupaciones, inclusive su interés en ver la literatura como hecho social, no suscribo la causalidad de su esquema de la historia española (las conclusiones que de él derivan), ni las líneas de continuidad (más que eso, de identidad semántica) que traza entre sus análisis del discurso literario del siglo xvii —el caso del juramento en el *Quijote* y en *El burlador*, tema del capítulo sexto— y las formas rituales de la institución universitaria bajo el franquismo (el Instituto de España, creación de Eugenio d'Ors, cuyos miembros debían someterse a un juramento).

Gómez-Moriana, en el capítulo seis, enmarca el juramento en los actos de habla de Austin (p. 91). Prescindiendo de nomenclaturas, sostiene que la palabra empeñada por Don Juan y Juan Haldudo ante los otros no vale: es una impostación, "puesta en texto" deliberada de un mundo ajeno a ellos, perteneciente a una "etapa ideológica anterior de buena fe" (p. 92), residuo feudal que no tiene valor para la naciente visión mercantilista, personificada en ellos. Así, en periodos de transición, se manifiestan tales apropiaciones utilitarias del discurso, aprovechando la convergencia de órdenes sociales e ideológicos diversos.

Y esto lleva al autor a decir que "*the oath itself is already, as praxis, a residual element of the premodernity deeply significant in Spanish tradition. Not only in terms of the symbolic value and effi-*

*ciency that it continues to enjoy, but also in terms of its constant use since the prehistory of the modern Spanish state, the oath constitutes a continued mark of Spanish hegemonic culture"* (p. 103). De acuerdo, pero al listar ejemplos desde el *Cid* y *Las partidas* hasta el franquismo, hay el riesgo de incurrir en una interpretación determinista, en atribuir valores inmutables a tales prácticas.

Con respecto a su lectura de la historia española como reacción, sea la Contrarreforma o el franquismo, como determinación de los actores hegemónicos de acabar con toda oposición —en nombre de un mesianismo revestido de discurso religioso o de cualquier índole—, también coincide. Pero advierto los mismos riesgos de inercia conceptual que señalé antes: la represión articulada por los aparatos de poder puede ser constante, aunque en cada época responde a condiciones específicas que ameritan atención y matices, aunque eso signifique renunciar a la posibilidad de esquemas conceptualmente pulcros, de explicaciones coherentes, sistemáticas y consistentes.

Así, el referirse a la "antimodernización" en la recepción histórica del *Quijote*, particularmente a la lectura de la Generación del '98, emparejándola con el discurso historiográfico de la escuela de Menéndez Pelayo y Menéndez y Pidal, y al carácter reaccionario del franquismo, puede ser ingenioso y sugerente. Pero aún hace falta mucha investigación que en este libro apenas se insinúa.

Gómez-Moriana propone al lector una socioestética. En cada capítulo, procede con cuidado y pormenor; más con la introducción de terminología tomada de fuentes bien diversas y con la glosa de conceptos (Bajtín por boca de Kristeva, Bajtín tomado de Bajtín, Morris y Austin, Benveniste y Weinrich, Foucault, Derrida...), que diversificando los ejemplos provenientes de los textos literarios. Por cierto, y ya que dije "texto literario", no me explico las citas en inglés antiguo del *Lazarillo* y el *Quijote*: si ésta es una publicación universitaria, ¿los hispanistas formados en países de habla inglesa leen traducciones?; ¿puede prescindirse de la lengua original al hacer "socioestética", pues basta conectar los discursos acudiendo a campo semántico, a selección lexical?

Un enfoque como el suyo, del todo aceptado en nuestros días, acaso precisa menos preocupación por la jerga especializada para

autorizar las interpretaciones, que un mayor espacio dedicado a la exploración de los diversos mecanismos discursivos empleados en la literatura (en el *Lazarillo*, ¿funciona el vino en el marco de la subversión del discurso religioso, ejemplificada por Gómez-Moriana con el pasaje del pan?; en el *Quijote*, ¿la conclusión es que subvierte discursos religiosos?).

¿Por qué seguir distinguiendo la narrativa como espacio privilegiado de la interdiscursividad (será que Bajtín reflexionó sobre la novela)? Si hay una “contaminación” del estilo de Góngora a partir de la publicación del *Polifemo* y de las *Soledades*, no sólo en poesía, sino en sermones, ¿eso no amerita una “lectura interdiscursiva”? ¿Por qué volver al *Lazarillo*, al *Quijote*, y no tomar una de las obras de Gracián (¿por “monológico”?) o de otro, para aplicarle esta metodología y ver si las hipótesis se sostienen, si se valida la interpretación de la cultura y de la historia?

Sólo el entusiasmo y el interés provocan preguntas, inquietan al lector. Este libro de sociocrítica se deja leer de varias maneras: es un repaso teórico bastante ecléctico, una invitación a abrir los estancos de la especialización, una vuelta a la picaresca desde otra perspectiva (para mí inquietante y renovadora) y, lo más importante, una apuesta por hacer de los estudios literarios un terreno multidisciplinario, fértil para entablar un diálogo con los colegas de otras áreas de conocimiento.

Ojalá la norma discursiva académica —caracterizada por su empleo, hoy hegemónico, de lenguaje especializado— deje de ocupar el sitio protagónico en obras como ésta, donde se denuncian las relaciones de poder: ¿qué sentido tiene dificultar la comunicación y reforzar la posición de poder del que “sabe” frente al “lego”?

GABRIELA LEAL

Drucaroff, Elsa, *Mijail Bajtín. La guerra de las culturas*, Almagesto, Buenos Aires, 1996 (Col. Perfiles 23).

La autora no declara en ninguna parte a quién dirige su libro; sin embargo, es obvio que busca llegar a un público no especializado, tal vez a estudiantes argentinos recién iniciados en la literatura; este